

Biblioteca-Films

AMOR QUE VENCE AL AMOR

Núm. 46

25

cénts.



BETTY
COMPSON

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCION:

Urgel, 49, 2.º, 2.º

Teléfono 3108 / A

BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

* *The White Shadow* 1923
Amor que vence al amorSublime sacrificio de una joven buena por el
bienestar de su hermana extraviadaExclusivas: **Principe Films, S. Ltda.**

Aldamir, 7 y 8 - San Sebastián

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares

D. JOSÉ CAVALLÉ

Aragón, 235, pral. 1.º - Barcelona

© *Direct Artistic* y *Montada: Hitchcock*

PERSONAJES

INTERPRETES

Nancy Brent.	pagos representados simultáneamente y de un
Amelia Brent.	modo variado por la genial BETTY COMPTON
Robin Field.	Clive Brook
Mauricio Brent.	A. E. Ineson
Isabel de Brent.	Daisy Campbell
Luis Chadwich.	Henry Victor

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

* del libro *Hitchcock* ©
por F. Truffaut
Edit. por *Leontine Films Limited*, Norwich
(Gr B)

—¿No le molesta el viento, señorita?

—Al contrario, cada vez que he atravesado el canal me ha gustado pasarlo sobre cubierta. Me mareo menos.

—Hoy hace un tiempo bonancible y la mar está tranquila.

—¿Va usted a Londres?

—Señorita, voy primero a Londres; pero me propongo visitar Inglaterra... ¿Y usted?

—Voy a Devon, mi pueblecito natal donde residen mis padres... ¿Cuánto me gustaría visitar países lejanos!

—Yo he venido a visitar Europa.

—Ya se ve que es usted de los Estados Unidos.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por su acento... ¿Qué gran país!

—En efecto, es un gran país según bajo qué aspecto se le considere.

—No tienen ustedes nada que envidiar a Europa.

—Una cosa, envidio yo.

—¿Y es?

—Una niña como usted.

—Ja, ja, ja... Pues créame usted que iría con gusto a Norteamérica. Mire, mire, ya se divisan las costas de Inglaterra. Pronto me encontraré en Devon, mi pueblecito natal, donde residen mis padres.

—¿Quién sabe si volveremos a encontrarnos allí!

—Le advierto que le gustaría mucho. Es un pueblecito muy pintoresco. Nuestra casa está en las afueras de la población. Si va usted a Devon no tiene más que preguntar por la casa del señor Brent.

—¿Es el nombre de su padre, señorita?

—Sí, sí, Mauricio Brent.

—Me alegro de conocer su apellido.

—Si le interesa conocer mi nombre me llamo Nancy Brent.

—¡Nancy!... ¡Es mi nombre muy original y muy nuevo! No lo olvidaré.

—¿Puedo conocer la gracia de usted?

—Robin Field, señorita—respondió el joven americano sacando de su cartera una tarjeta y entregándosela.

—A ver si cumple su promesa, señor Field, y viene usted a visitar a su compañera de viaje.

—Se lo prometo, señorita Nancy... ¡No faltaré!

Y los jóvenes viajeros continuaron su conversación animada, batiendo de mil maneras que eran pretexto y como el combustible para mantener vivo el fuego de una amistad incipiente, iniciada en el puente de uno de los vapores que hacen el servicio entre las costas francesas y las islas Británicas.

Nancy Brent era una joven que frisaba en los linderos de la edad crítica, en que la hembra es demasiado joven para ser mujer y pasa de la edad para llamarla niña: tenía diez y siete años y era una joven linda. Huminaban sus bien formadas facciones, dos ojos grandes, rasgados, vivos y penetrantes. Tenía un carácter alegre y bullicioso, y un genio casi violento.

Nancy Brent volvía a su hogar, dando fin a sus estudios en uno de los más afamados internados de París en donde había quedado desde su edad temprana.

En el mismo vapor, como hemos visto, viajaba Robin Field, un grandaudo joven norteamericano, que recorría la Europa Occidental en viaje de recreo.

II

Llegó Nancy a la casa solariega de los Brent, en los pintorescos alrededores de Devon. Allí vivían Mauricio Brent, el padre de Nancy, que era de ilustre abolengo, pero su desenfrenada pasión por la bebida había aumido en la abyección; Isabel de Brent, su esposa, había traído en dote la soberbia heredad en que habitaban, también la había traído dos hijas gemelas, tan parecidas que los mismos padres las confundían; pero no había sido feliz en el matrimonio, debido principalmente a la brutalidad del marido; Amelia, la her-

mana gemela de Nancy era, en lo físico, como hemos dicho, de un parecido asombroso con su hermana Nancy; pero en lo moral eran diametralmente opuestas, pues Nancy tenía un carácter violento, coqueta en demasía y amante del ruido y del bullicio; mientras Amelia tenía un carácter pacífico y le gustaba la soledad y el retiro.

Presentóse Nancy en su hogar sin ni siquiera haber avisado a sus padres su llegada.

—¡Ya estoy aquí!—dijo Nancy entrando en el salón donde se hallaban sus padres.

—Pero, criatura—preguntó el señor Brent—¿cómo no nos has anunciado tu venida?

—¡Porque quería darte una sorpresa!

—Pero yo pensaba—añadió la madre—que teniais el reparto de premios al fin de julio.

—Al final de julio, justamente; pero yo no he querido esperar hasta entonces y... ¡me he escapado!

—Hebráse visto!

—¡Claro!... ¡Como era el último año que debía quedar en el Colegio, engañé a la Directora diciéndola que me esperabais en el Hotel Ritz, recogí mis efectos y me fui al Havre.

—Y el dinero?

—Aun me ha sobrado.

En aquel momento entraba en la habitación Amelia, la hermana de Nancy, con aire reposado. Ambas gemelas se abrazaron efusivamente.

III

A la noche siguiente, después de cenar, Nancy salió de su casa. Quería respirar el aire puro de la campiña. Había estado encerrada demasiados años y parecía que su pecho anhelaba libertad. Al traspasar los umbrales del jardín vió a un joven parado frente a la puerta. Se acercó y reconoció a la claridad de la luna al simpático americano del vapor. Era, en efecto, Robin. Llegado a Inglaterra sin un plan definido, encaminóse a Devon como consecuencia de la amistad trabada a bordo con Nancy. Al verlo, ésta puso los brazos en jarras con desparpajo y le dijo:

— ¡Cómo!... ¿Usted por aquí a estas horas?

— Ya lo ve, señorita. Usted me dijo que venía a Devon y, sin darme cuenta, yo también estoy en Devon.

— Pues... vamos a dar un paseo.

— ¡Vamos!

Y los dos jóvenes se internaron en el bosque perfumado que rodea la mansión señorial habitada por la familia Brent.

— Pero, dígame, señor Robin, ¿qué idea ha tenido usted de venir a este pueblucho?

— Antes de responder a su pregunta, contésteme usted a otra: ¿dónde iba usted a estas horas?

— ¡Ah!... Pues a tomar el fresco. Ahora contésteme usted.



— *Devon que has llevado a casa te has mostrado tan silencioso e irresponsable. Diríase que de París se han portorizado.*

—A tomar el fresco. Estaba en el Hotel y me dije: «Voy a tomar el fresco cerca de la casa donde vivo mi compañerita de viaje.»

—Con que por la compañerita de viaje ¿eh? Pues ha hecho usted muy mal, señor Robin, de venir a ver a su compañerita de viaje.

—¿No recuerda usted, señorita, que me invitó a visitar su pueblo natal?

—Sí, sí, a visitar mi pueblo; pero no a visitarme a mí; porque si mis padres se enteraran... Además, no es esta la hora más propicia para visitar a una señorita.

—Tiene usted razón, Nancy; pero... ¿qué noche tan preciosa!

—Le advierto, señor Field, que yo había salido de casa para correr por el bosque.

Y al decir esto, Nancy echó a correr saltando una torrentera con honores de arroyo e internándose en el bosque. Robin Field corrió también tras ella y al darle alcance le preguntó riendo:

—¿Por qué huye usted de mí?... ¿Le causo espanto?

—Ja, ja, ja... Queria ver lo que usted haría al quedarse solo... Vea que corre usted tanto como yo.

—¡Nancy!

Pronunció Robin Field este nombre acercándose al rostro de Nancy y al ver que ella sonreía complaciente, la besó en los labios. Entonces la joven le dió un fuerte bofetón diciéndole con aire de enfado:

—¿Es usted muy atrevido!... ¿Quién le había autorizado para eso?

El americano recibió la contundente réplica impasible, sonriente, y contestó:

—Nancy, tiene usted unas manos muy suaves.

—No me gustan esas libertades.

—¿No? Pues... devuélvamele usted.

—No quiero.

—Prométame entonces que mañana nos veremos en el pueblo.

—No le digo que sí, ni tampoco que no... ¡Allá veremos!

Nancy dió un salto, besó al joven y echó a correr despidiéndose:

—¡Adiós!

Robin Field quedó inmóvil como quien ve visiones y vió como la traviesa jovenita se alejaba riendo a carcajadas.

Al día siguiente Nancy, con perversa intención, mandó a su hermana Amelia al pueblo, donde sabía la esperaba Robin. Este, al ver llegar a Amelia la confundió con su hermana y se acercó a ella y le dijo riendo:

—Me debe usted una reparación, señorita.

—¿Yo?

—Sí, sí, usted; no disimule.

—¡Caballero, yo no tengo el gusto de conocerle!

—¿Que no me conoce usted?... ¿Y el beso que me dió usted anoche?

—¿Un beso?

—Sí, anoche, en el bosque... ¡Vamos, no disimule, Nancy!

Amelia comprendió que se trataba de su hermana y sin contestar volvió la espalda al joven y fué a hacer el recado que le diera su

hermana. De vuelta a su casa habló a su padre del percance para que vigilara a su hermana que, de noche, se entrevistaba con un joven en el bosque.

El señor Brent no tardó en darse cuenta, con el natural disgusto, de que su hija Nancy poseía un carácter turbulento e indómito; pues no admitía ninguna indicación, ni mucho menos reprensión. Así, cuando Amelia avisó al autor de sus días de que su hermana se entrevistaba con un joven, el señor Brent llamó a Nancy a quien reprendió duramente.

—¿Qué rumores son esos que hasta mí han llegado de ciertas entrevistas que celebras a solas con cierto joven?

—Papá—contestó Nancy con desdén—, ese es un asunto que a nadie le interesa más que a mí.

—¿Sabes, hija, que te has vuelto bastante desvergonzada? ... Pues mide bien tus palabras, porque no estoy dispuesto a permitirte que me menosprecies.

Cuando el señor Brent pronunció las últimas palabras, Nancy ya estaba fuera de la habitación.

De poco provecho fue la última reprensión del señor Brent, pues momentos después hallándose éste probando uno de sus caballos al que quería hacer saltar una valla, Nancy se desató en grandes carcajadas y voteó a su padre:

—Papá, es usted demasiado viejo para esos trotes!

—Hija mía, es menester que respetes a tu padre.

—Creo que se apenará usted por las orejas... ¡Los viejos ya no están para deportes!

Cuando el señor Brent quiso saltar la valla dió con su cuerpo en el suelo y entonces la joven montó a caballo riéndose de su padre.

—Ahora voy a enseñarle a usted cómo se salta una valla.

Y con facilidad saltó con gran maestría como el más experto jinete.

El hecho de que su hija poseyera un espíritu tan fiero como el suyo propio exasperaba al intrépido padre.

—Desde que has llegado a casa te has mostrado levantiscas e irrespetuosa. Diríase que en París te han pervertido en lugar de educarte.

—No, papá, lo que ocurre es que no puedo acostumbrarme a la paz y quietud de estos lugares, y se me erizan los nervios.

No eran precisamente los nervios la única causa eficiente de la conducta ligera de Nancy; una de las principales causas era el desorden familiar y la conducta incorrecta de su padre a quien encontraban beodo con harta frecuencia, lo que daba lugar a escándalos frecuentes entre los cónyuges.

Aquel desorden y estos escándalos, lejos de ayudar a que se apartiguara y sentara el espíritu inquieto y aventurero de la joven, fueron causa de que la disipación de espíritu ganara al corazón y la precipitara por senderos que bien pudieran ser de perdición.

Las dos hermanas están en el dormitorio. Se disponen a acostarse. ¡Qué iguales de cuerpo! Semajaban una sola persona mirándose en un espejo... ¡Y qué distintas de espíritu!... Nan-

ey parecía no tener sentimiento; hallábase dominada por el espíritu de rebelión y de independencia; en tanto que la bondadosa Amelia poseía un corazón sensible y un espíritu delicado, accesible a todo lo bueno, lo bello y lo grande.

Amelia, sentada a los pies de la cama, sollozaba, y Nancy con los puños crispados le preguntaba colérica:

—¿Qué te pasa, Amelia; por qué lloras?

—Porque veo que eres tan traviesa y tan mala.

—¡Claro!... Porque lo dice papá... ¡Como siempre está borracho!

—¡Calla! No permito que hables así de nuestro padre.

—Bueno, no te enfades, Amelia... ¿No te acuestas?

—Sí, sí; supongo que tú también.

—¡No fallaba más!

Nancy había adoptado una resolución extrema, desesperada. Se entretenía, mientras su hermana se acostaba y cuando ésta se hubo dormido, recogió sus efectos en una maleta, escribió en un papel que colocó sobre su almohada, dió un beso a Amelia sin despertarla y huyó de casa.

Media noche era por filo cuando traspuso la verja del jardín, que ni siquiera tuvo necesidad de abrir, pues en aquel instante entraba en la finca el señor Brent, completamente borracho, caminando en zig-zag, como diciendo: *toda la calle es mía*. Nancy se escondió tras de la puerta y cuando su padre se hubo per-



Amelia sentada a los pies de la cama, zeli: zeli, y Nancy, con los puños crispados le pregunta: —¿Qué te pasa, Amelia; por qué lloras?

dió en la espesura del jardín, salió precipitadamente.

Cuando Amelia se despertó de madrugada y no vió a su hermana acostada, extrínóle sobrenaturalmente. Sobre la almohada de Nancy había un papel que leyó:

Estoy cansada de todo, y me marcha para siempre. — Nancy.

Amelia vistiose precipitadamente y fué a avisar a sus padres de que su hermana se había fugado.

—Voy en su busca—determinóse el señor Brent—y no pararé hasta encontrarla y restituirla a su hogar.

Partió el padre en busca de la hija descañada. Pasaron muchos días sin que en Devon se supiera nada del padre ni de la hija.

La fuga de ésta agravó las dolencias de la señora de Brent, de tal modo, que cuando la policía le ofició que las gestiones efectuadas para hallar a su marido y a su hija habían sido infructuosas, la pobre señora tuvo unos ataques al corazón que la llevaron al sepulcro en poquísimos días.

Amelia vióse completamente sola y determinó irse a vivir a Londres, enseguida que hubiese arreglado el asunto de sus intereses, que fué una semana después de la muerte de su buena madre. Dirigióse a la capital con el espíritu sumido en una pena amarguísima por haber perdido en tan poco tiempo a los seres para ella más queridos: a sus padres y a su hermana adorada.

IV

Va hacía dos meses que Amelia Brent vivía en Londres, en un piso decentito y cómodo, como le permitían sus rentas, en compañía de una doméstica de confianza. Aquel día paseábase sola por las orillas del Támesis cuando, en sentido contrario, vió a dos jóvenes que parecían señalarla, y a uno de los cuales le pareció haber visto en otra circunstancia. Hizo memoria y cayó en la cuenta de que uno de ellos era el que pretendía a Nancy. Era, efectivamente, Robin Field que iba acompañado de un compatriota suyo, Luis Chadwick, estudiante de Bellas Artes en París, que había venido a pasar unos días a Londres con su amigo, aprovechando las vacaciones estivales.

Al acercarse a Amelia, Robin Field hablaba a su amigo de la amistad trabada con una traviesa y linda inglesita, al atravesar el canal de la Mancha hacía pocos meses y le proponía ir a ver a Devon. Robin, al ver a Amelia tomóla nuevamente por Nancy, como ya le ocurriera otra vez en Devon; cosa muy natural a causa del perfecto parecido de las dos hermanas.

—Mira, Luis, esta que viene es la inglesita del vapor.

—La del beso.

—La misma.

Llegaron junto a Amelia.

—¿Cómo está usted, señorita Nancy?

Amelia sonrió y por no descubrir el secreto de la fuga de su hermana, que implicaba un borrón para su nombre, quiso disimular y dejarle en el error. Por eso contestó:

—Muy bien ¿y usted?

—Mi amigo y compatriota Luis Chadwich—presentó Robin—; la señorita Nancy Brant de quien te hablaba.

—Tengo un verdadero placer en conocer a usted—murmuró tímidamente Amelia.

—Robin—se atrevió a decir el estudiante—, me estaba hablando de usted. Precisamente hablamos convenido ir a saludar a Devon.

La joven ya conocía el nombre del joven que amaba a su hermana. llamábase Robin y contestó:

—Señor Robin, ya no vivo en Devon. Mis padres murieron.

—¿Habita usted Londres?

—Sí, sí, en Alfax-Street.

—Si usted no tiene inconveniente la acompañaremos.

—Muy honrada y agradecida.

Y los dos jóvenes acompañaron a Amelia hasta las puertas de su casa.

Robin se hizo el encontradizo al día siguiente y pudo hablar con Amelia convencido que era Nancy y la hermosa joven, convencida de que no volvería a hallar a su hermana hablando oídos a las palabras amorosas del americano.

Poco a poco fué ella conociendo como Robin

había conocido a su hermana y así pudo fingir mejor para seguir sustituyéndola a Nancy.

Días después hallábanse Amelia y Robin en amable coloquio en casa de aquella cuando llegó Luis Chadwich.

—Amigos, vengo a despedirme.

—¿Tan pronto?—preguntó Field.

—El curso empieza el próximo martes y debo estar en París.

—Supongo, señor Chadwich, que no dejará usted de dar alguna escapada a Londres... Ya sabe que aquí tiene usted una casa.

—Muchas gracias, señorita Nancy, no tardaré en volver por aquí.

—¿Cuándo te embarcas?—preguntó Robin.

—Dentro de unas horas.

—Te acompaño... ¡Adiós, Nancy, hasta esta noche, ya tomaré las entradas para la Opera.

—¡Adiós!... ¡Y buen viaje, señor Chadwich!...

Salieron los dos jóvenes. Ya en la calle continuaron hablando de ella.

—Con franqueza, Luis, ¿qué te parece mi novia?

—Chico, comprendo tu chifladura, es monísima; pero no me parece tan desenvuelta como me la pintabas.

—Te confieso, Luis, que la encuentro transformada. En dos meses ha cambiado completamente... Con decirte que aun no he podido lograr de ella ni un beso...

—¿Te gusta menos por eso?

—Al contrario. Hoy estoy tan locamente enamorado de ella que no volveré a América hasta que la haya hecho mi esposa.

—Piénsalo bien y... no te dejes engañar.

—Antes con su genio alegre y revoltoso me gustaba como amiga, como juguete, mientras durase mi estancia en Inglaterra. Mas hoy, con su carácter reposado y juicioso la quiero como esposa... ¡Estoy chiflado por ella!

El estudiante de Bellas Artes se embarcó y Robin Pickle despidióle con muestras de cariño fraterno. Entretanto, Amelia Brent, en su tocador se daba cuenta, por primera vez de que estaba efectuando un verdadero robo de amor, apropiándose un cariño que, realmente, pertenecía a su hermana viva o muerta; pero empezaba a amar a Robin Pickle.

V

En el alegre barrio de Montmartre existe, entre otros, el «cabaret» llamado *El Gato que ríe*, que es el punto de reunión de la juventud «bohemía» de París, en particular de artistas incipientes, quienes hallan fácilmente modelos para sus dibujos entre las muchachas que lo frecuentan en calidad de cantadoras, bailarinas, mariposas y gamchos del juego.

En aquel centro de disipación había una extraña costumbre: todo el que entraba por primera vez era apostrofaído con el grito de: «¡Fuera!» lanzado al unísono por los habituales parroquianos, y, si no obedecía, era admitido al punto como cliente de la casa; aunque, eran los más los que, espantados por la actitud airada de los que gritaban, huían despa- voridos.



Los tales locutores, empujados en su conversación no ejercitaban en que oírlos de ellos una segunda había seguido su conversación

Mientras sobre un tablado una bailarina ligerísima de ropa, se contorsionaba al son de una danza exótica, en varias mesas, donde aparecían sentados hombres y mujeres de mala catadura, se jugaba a los prohibidos, y en otras, varias parejas escandalosamente abrazadas escanciaban licores y champagne en medio de una algarabía y desorden infernales. Sentados a una mesa situada en uno de los extremos del salón dos jóvenes artistas, a juzgar por sus melenas, por su ancho sombrero y por sus pipas, bromean con una hermosa muchacha que saborea un cigarrillo egipcio.

De pronto todos ven bajar por las escaleras que al salón conducen, a un joven elegante. Uno de los dos melencos de la pipa dice a su compañero:

—Carlos, ahí viene Luis Chadwich... ¿Vocémosle con el grito de ritual?

—¡Va!

—¡Fuera!—gritan los tres a coro.

—¡Fuera!... ¡Fuera!—repiten todos los asistentes.

El joven que descendía se para sonriente, extiende los brazos y grita, a su vez:

—¡No me da la gana!

Y llega al salón. El «bohémio» que llamara la atención al llamado Carlos se adelanta al recién llegado:

—¡Hola, Luis! ¿Qué tal?... Te creía en Londres.

—De allí llegué hace ocho días...

—¿Y vienes a buscar alguna modelo?... Chico, tengo una como los propios ángeles... ¡Qué mujer! Llegó aquí recientemente; para ti se-

ría una modelo ideal; es tan guapa como traviesa.

—¿Cómo se llama?

—Aquí la llaman La Cherry... ¿Ves? Es aquella que está apoyada en el hombro de Carlos.

—¡Dios mío!—exclamó Chadwich horrorizado—. ¿Será posible?

—¿Qué te pasa?... ¿La conoces?

—Y ella a mí... Déjame observarla desde allí... Ven a sentarte conmigo.

—No seas necio. Ella ya te ha visto y no ha hecho ningún papel cuando yo dije a Carlos: Ahí viene Luis Chadwich.

—Te digo que es ella.

Se sentaron los dos artistas en mesa apartada y observaron a la apodada La Cherry que exageraba las manifestaciones de cariño al llamado Carlos.

—¡Miserable!—exclamó con odio mal reprimido Chadwich—. ¡Pobre amigo Robín!

—Pero ¿se puede saber qué tienes tú con esa mujer?

—Yo nada, amigo; pero esa muchacha es la novia de un íntimo amigo mío y compatriota a quien he dejado en Londres.

—Pero ¿no te equivocas?... ¡Ella es inglesa.

—Sí, hombre, sí; es ella. ¡Inglesa!

—Pues está hecha una pájara pinta... Es de lo peorito que corre por París. Es más corrida que el metro. Y te advierto que es guapa, ¿eh?

—Déjame. Me voy a Londres. Esta mañana mañana saldré de París.

—Te acompaño.

—¿Hasta Londres?

—No, hombre; te acompaño ahora hasta el hotel.

—Que no nos vea salir.

Como habrá comprendido el lector, la mujer que tanta extrañeza causara a Luis Chadwich hallar en aquel antro de corrupción, era Nancy Brent, con el nombre supuesto de La Cherry, y a causa del perfecto parecido con su hermana, a quien Luis conocía como novia de su amigo Robin Field, pensó a ojos ciegos era la misma que días antes había visto en Londres.

VI

Cuarentiocho horas después Luis Chadwich estaba en Londres en el hotel donde se hospedaba su amigo Robin Field.

—¿De vuelta?

—De vuelta, y para un asunto de suma trascendencia.

—Chico, ¿qué cara traes?... ¿Se te ha muerto algún de la familia?

—No. ¿Hace tiempo que no has visto a tu novia?

—¿A Nancy?... Pues hace cinco días. Ha ido a Devon llamada por su notario para un asunto relacionado con sus propiedades.

—Con que a Devon, eh?... ¿Y sigues enamorado de ella?

—Sí, chico, te lo confieso: cada día lo estoy más. Cuando vuelva del pueblo nos casaremos.

—¡Lo siento!

—¿Cómo que lo sientes?

—¡Valor, amigo Robin!... He venido de París expresamente para evitar que cometas ese disparate.

—¡No te entiendo!

—Sí, Robin; esa joven no es digna de que le des tu nombre.

—¡Eso es una calumnia!

—Si aún no te he dicho nada.

—Revierta de una vez; y no me hagas sufrir.

—Escucha. Anteayer, de madrugada, fui al «cabarete» de *El gato que ríe* y allí he visto a tu novia, a tu inocente Nancy jugando y mariposeando con una porción de hombres.

—¡No lo puedo creer!

Los interlocutores, embebidos en su conversación en la habitación de Robin Field, no apercibieron que detrás de ellos una señorita había seguido su conversación. Era Amelia, quien, de regreso de Devon, había ido a visitar al hombre que en su persona hacía el amor a su hermana. Amelia lo había oído todo y comprendió lo que, para Robin, era incomprensible: su hermana se hallaba en París y se había lanzado a la vida frívola en un «cabarete» llamado *El Gato que ríe*. Tomó una determinación: irse a París en busca de su hermana. Y sin volver a su casa, puso por obra en el acto su propósito.

No obstante lo categórico de la aseveración

de Luis Chadwich, Robin Field no podía creer de ningún modo sus afirmaciones; por eso aquél le dijo:

—Bien, Robin; si no me crees, preguntáselo a ella misma.

—Vamos a su casa. Veremos si está de vuelta.

Ambos fueron a casa de Amelia y como la doméstica les dijese que la señorita no había regresado, Robin propuso a su amigo:

—Me marcho a París contigo, y, si ella está en París, la encontraré aunque se esconda en el centro de la tierra.

—Vamos a París y te convencerás.

—Dios mío, haz que no sea verdad!... ¡Yo la amo!

VII

Amelia trasladóse a París y, venciendo sus escrúpulos, la misma noche de su llegada a la capital de Francia, fué decidida al famoso cabarete de *El gato que yó*, donde penetró cubierta con un sombrero que le tapaba parte del rostro. Amelia se encontraba fuera de su centro; mas su amor por su hermana logró sobreponerse al instintivo terror que cuanto allí veía, le inspiraba. Indagó: su hermana no estaba allí y esperó. Pocos minutos después, ¡horror!, entraron en el cabarete Luis Chadwich y Robin Field, quienes se dirigieron a uno de los camareros y Luis le preguntó:

—¿Ha venido esa muchacha a quien llamáis La Cherry?

—Allí la tiene usted.

Y, como si obedeciese a una evocación misteriosa, Nancy entró en aquel instante, gozosa, en el cabarete.

—¡Mira, Robin, es ella!

—¡Ella es!... ¡Yo la mato!

—No; más vale el desprecio. ¡Sé prudente!

Robin se adelantó a la recién llegada y le dijo:

—Nancy, eres una mujercuela que has estado jugando con mi corazón.

—¡No me confunde usted, caballero!

—¡Vete!—exclamó Robin con rabia y asco yéndose, mientras Nancy se desataba en una sonora carcajada.

Aquella noche Nancy permaneció muy poco tiempo en el cabarete. Amelia corrió detrás de Nancy y la siguió hasta su habitación.

¡Qué sorpresa tuvo Nancy al hallarse frente a su hermana! Las gemelas se abrazaron.

—¡Pobre hermana mía!—exclamó sollozando Amelia—. Cuando murió nuestra madre te busqué por todas partes... Nuestro padre también huyó de casa... Nancy, hermana querida, esta no es vida apropiada para una joven como tú. Las desgraciadas que llevan esa vida no tienen otros medios... A ti no te fallará nada... ¡Venite a vivir conmigo al hogar de nuestros antepasados!

—No, Amelia, el amor de Robin te pertenece a ti. Ahora está enamorado de ti alma... Yo le descubriré que la degradada soy yo y

que tú eres buena... ¡El te ama!... ¡No quiero arrebátárselo!

—Prométeme que no volverás a esos lugares inmundos.

—¡Te lo prometo, Amelia!

Los horribles sufrimientos que el abnegado sacrificio que a sí misma se impusiera de renunciar para siempre al amor de Robin, a quien amaba, minaron la débil naturaleza de Amelia que tuvo que recluirse en un sanatorio de Suiza.

A los pocos días Nancy recibió en París una carta de su hermana concebida en estos términos:

Nancy, me siento morir; ven a instalarte a mi lado. No me abandones en mis últimos momentos. ¡Te lo pido por nuestro padre, a quien, me da el corazón que has de encontrar aún!

Desde Londres vino Robin, por la criada de Amelia, la enfermedad de su amada y partió inmediatamente para Suiza; engañándose a sí mismo, haciendo creer a su corazón que su viaje obedecía a un movimiento de compasión, de caritativa humanidad, siendo así que su viaje era el resultante del gran cariño que ardaba en su pecho hacia la mujer a quien no podía olvidar, no obstante haberla visto faltarle gravemente. Su corazón no se engañaba: con el nombre de Nancy, amaba a Amelia, que era una mujer digna de su amor.

Al llegar Robin al sanatorio quiso ver a su amada. Amelia estaba tomando el sol en uno de los solariums, sentada en una *chaire-longue* en compañía de su enfermera a quien aquella



Amelia estaba tomando el sol en uno de los solariums, sentada en una *chaire-longue* en compañía de su enfermera.

había recomendado no declarase al visitante su verdadero nombre. Las primeras palabras de Robin fueron de perdón:

—Nancy, ¿no me guarda usted rencor de lo que le dije en París en un instante de acaloramiento? ¿Me perdona usted?

—Sí, Robin, le perdono de corazón.

Al día siguiente por la noche llegó Nancy para ver a su hermana. La entrevista fué carísimísima. Amelia anunció que Robin Field se hallaba en el hotel del pueblo, que había venido para verla.

—¿Para verte a ti?

—No, a él. Él cree que la enferma eres tú, así que ocupa tú mi puesto aquí, finge que sanas, y ya verás como no advertirá el cambio.

—¿Y tú?

—Yo saldré para París en el próximo tren acompañada de mi enfermera.

—No puedo consentirlo, Amelia; Robin está enamorado de tu espíritu.

—No, Nancy, se enamoró de tu cuerpo, de tu rostro.

—Nuestros rostros son iguales, pero tu alma, tus sentimientos es lo que él quiere.

—Yo voy a morir, recoge tú mi espíritu y entrégate en cuerpo y alma a tu amado.

—¿Tú no amas a Robin?

—Con toda mi alma.

—No comprendo tu sacrificio.

—Mi amor por ti ha vencido al amor que te tengo.

—¿Amor que vence al amor!... ¡Qué sublime!

Amelia salió para París. Al día siguiente

Nancy sustituyó a la enferma. Llegó Robin. El corazón de la joven palpitaba con violencia, esperando nerviosa y emocionada el momento de su primera entrevista con Robin.

—Nancy, la encuentro a usted mejorada, tiene hoy más colores.

—Sí, no me extraña que me encuentre transformada. Desde la última vez que nos vimos he experimentado una notable mejoría. Creo que pronto podré abandonar el sanatorio.

Y, en efecto, pocos días después, Nancy, acompañada por Robin, fué a Inglaterra donde trató de amoldarse a la vida tranquila de su hermana.

Pocos días habían transcurrido cuando recibió Nancy un telegrama de su hermana que contenía estas palabras:

Ha llegado mi hora. — Amelia.

Nancy avisó a Robin que debía ir por unos días a París donde una amiga suya se moría.

Cuando Nancy llegó a París encontró ya a su hermana moribunda.

—¡Qué feliz soy, Nancy!... Dios ha escuchado mis súplicas!

—¡Pobre Amelia, hermana querida!

—No te alijas, hermana... Lejos de separarnos... estaremos ahora más cerca que nunca.

Amelia expiró en los brazos de su hermana y Nancy experimentó una sensación extraña. Parecía como si la personalidad de su hermana gemela se hubiese refundido en ella misma.

Nancy regresó a su hogar moralmente transformada, como si una alma nueva, noble, pura y generosa, inspirase sus acciones.

El mismo día de su regreso a Londres recibió Nancy la visita de su notario quien dijo a la joven:

—Existe una cláusula en el testamento de su madre de usted, según la cual ninguna de sus propiedades podrá pasar a manos de su hija Nancy.

—¿Yo soy Amelia Brent?

—El testamento dice que para que no pueda haber confusión entre sus dos hijas, a consecuencia del prodigioso parecido de ambas, dejó además consignado que Nancy tiene una cicatriz en la parte superior izquierda de la espalda... ¡Aquí!

Y el notario agarró fuertemente el vestido de sala de Nancy y se lo rasgó dejando al descubierto la famosa cicatriz.

—¡Miserable!—dijo Nancy—. Salga usted de aquí inmediatamente.

—Esto sólo tiene un arreglo. Cásese usted conmigo, y entonces el secreto de mi esposa será también el mío.

—¿Salga usted?

El notario quiso sobornar a la enfermera que desde Suiza había acompañado a Nancy y que era la única que estaba al corriente de la sustitución de personas que allí se había operado; pero la enfermera también se negó a desentrañar el secreto.

VIII

—Nancy, ya es hora de que nos casemos.

—Por lo pronto, Robin, ahora voy a pasar

unos días en mi casa solitaria de Devon. Lo pensaré entretanto.

Días después, en la casa solitaria de los Brent recibió Nancy la visita de Robin.

—Me imagino, Nancy, que habrás tenido tiempo de reflexionarlo... ¿Qué fecha señalamos para nuestra boda?

El recuerdo de su hermana parecía interponerse entre ella y Robin, y nunca se decidía a contestar a éste de un modo categórico.

En aquel momento entró el notario en la sala donde habían los jóvenes.

—Señor notario, hágame el obsequio de decir al señor Robin quién soy yo.

—Tú—dijo solemnemente un nuevo personaje que acababa de aparecer—eres mi hija Nancy.

—¡Papá!—exclamó la joven arrojándose al cuello.

—Entonces, si no es usted Amelia, esta casa no le pertenece y debe usted abandonarla.

—Tiene usted razón, señor notario—dijo solemnemente al señor Brent—, aquí el amo soy yo, y en uso de mis derechos salga usted inmediatamente.

—¡Padre de mi alma!—exclamó con júbilo Nancy—. Este es el señor Robin Field, aquel joven americano con quien yo celebraba aquellas entrevistas que tanto te indignaron.

—Si el señor Robin te ama, como veo que te ha dado pruebas, y tú le amas, mañana os casaréis.

—¡Gracias, papá!

FIN

Próximo número 27 Enero:

Acontecimiento

Fíjese Vd. en la artística portada de nuestra
BIBLIOTECA FILMS...

En ella figuran las siluetas de dos de sus
artistas más admirados, ¿verdad?; pues bien,
uno de ellos, es el protagonista de la emocio-
nante novela de fama mundial, que tenemos en
prensa.

¿Charlot?

¿Douglas?

¿Cuál de los dos?

¿Douglas?

¿Charlot?

Nuestros lectores con su gusto refinado
son nuestra más firme propaganda

**Colección y
exija usted**

todos los martes

**Biblioteca
FILMS**

Los más sensa-
cionales estrenos
de la temporada
han sido publi-
cados por el

**Título de la
Supremacia**



Pronto -- Pronto -- Pronto

La novela más emocionante y sentimental, cuyo asunto
ha conmovido a toda una generación ..

31 ENERO

No olvide esta fecha

SOLICITAMOS CORRESPONSALES